Un domingo cualquiera

«Stern llegó a publicar 140 sueños pero lamentablemente la revista no guardó los originales»

Grete Stern, en el IVAM

Una de las muchas frases que le atribuyen a Steve Jobs es aquella que dice que la moda es algo que parece bonito en el momento de crearse pero que se vuelve feo con el tiempo y el arte puede ser feo al principio pero se convierte en algo bello con el paso del tiempo. Y es que no hay nada como el tiempo para poner las cosas en su sitio. Y si no que se lo digan a los impresionistas, que pasaron de ser rechazados en su día en los salones de París a que las láminas que reproducen sus lienzos estén colgadas ahora en las salas de espera de las consultas de todos los dentistas. La obra de la artista alemana Grete Stern, que puede verse actualmente tanto en el IVAM como en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, es un buen ejemplo de ello. Stern fue una adelantada a su tiempo y sus fotomontajes han aguantado perfectamente el paso de los años y de las modas e incluso han ganado en calidad. Quien visite esta muestra podrá adentrarse en el mundo de los sueños que ella interpretó en una serie de fotomontajes realizados entre 1948 y 1951 y que se publicaron en la revista argentina «Idilio» con los relatos de los mismos que enviaban los lectores. Todo un lenguaje artístico avanzado a su época tanto en cuanto a técnica como en cuanto a temática, pues ponía en cuestión la imagen femenina que se trasladaba a través de los medios de comunicación de la época.

Stern llegó a publicar 140 sueños pero lamentablemente la revista no guardó los originales, por lo que los 46 sueños que pueden verse en el IVAM son los que la artista guardó y que su hija donó en su día al museo. Toda una prueba del prestigio de la colección del IVAM que ahora se intenta recuperar con muestras como esta, y que vienen a confirmar que Steve Jobs tenía razón en esta y en muchas otras cosas.

JAVIER MOLINS

«Arco Mediterráneo», un caramelo para los oídos

De todos los asuntos que pugnaban en mi cabeza por inaugurar esta nueva sección dominical, me he decantado acaso por el más difícil de convertir en material narrativo. Y es que al recomendar un disco partimos de la imposibilidad manifiesta de encerrar una expresión artística etérea en el cubículo limitado y traicionero de las palabras. Aún así, vamos allá.

Quiero aprovechar esta tribuna para reivindicar a un músico valenciano incomprensiblemente desconocido fuera de los circuitos de la música alternativa, así como entre el público mayor de 40 años. Alberto Montero es, créanme, un artista de talento desbordante. Escuchando una y otra vez «Arco Mediterráneo» –publicado hace apenas unas semanas por el sello barcelonés BCore-, no puedo evitar pensar en ese caladero de adultos descreídos de la música contemporánea que encontrarán en estas canciones una sorpresa mayúscula. Porque en la propuesta de pop-folk-psicodélico de Montero se funden la frescura de la juventud con una elegancia clásica y exquisita aprendida de los más grandes, desde Vainica Doble –esa gema extraña del pop español de los años sesenta- hasta Robert Wyatt.

«"Arco Mediterráneo» es –como lo fue también su anterior trabajo, «Puerto Príncipe»- un caramelo para los oídos. En una acertada coalición de fondo y forma, el paisaje abstracto de la portada ya nos anticipa un viaje lleno de imágenes, colores y texturas. En sus cristalinas melodías de guitarra y sus arreglos de piano y cuerda, el disco revela las costuras de un trabajo de composición lento y sofisticado, que sin embargo enamora de forma natural e instantánea.

«Arco Mediterráneo» es un cálido compañero para las tardes invernales de domingo; arrullados por una manta, enalteciendo el momento con una copa de vino y un buen libro. Son catorce canciones capaces de reconciliarle a uno con el mundo. Capaces, incluso, de deslizarnos de forma suave e indolora por la pendiente que nos devuelve inevitablemente al lunes. Qué más podemos pedirle a un domingo cualquiera.

MARTA MOREIRA